

# En torno al Campo de La Ribera

Más de 30 años de lucha por la memoria, la verdad y la justicia, convierten a Campo de La Ribera, desde marzo de 2010, en un Sitio de Memoria.

El mapa “clandestino” que trazó el terrorismo de Estado en nuestro país tuvo un punto clave en la periferia cordobesa: Campo de La Ribera, también conocido como “la Escuelita”. Las líneas que siguen son un reconocimiento a las personas y organizaciones que desde diferentes sectores ayudaron a que Campo de La Ribera se convirtiera en Sitio de Memoria.

Los “Lugares de Reunión de Detenidos”, como llamaban los militares a los Centros Clandestinos de Detención Tortura y Exterminio, se construyeron estratégicamente en todo el país conformando una red represiva cuyas tramas se tejieron con personas, muchas de ellas hoy desaparecidas.

Campo de La Ribera se emplazó en las márgenes de la ciudad capital, a unos quinientos metros del Cementerio San Vicente (usado por la represión para realizar enterramientos clandestinos masivos en fosas comunes).

El enorme terror que proyectó Campo de La Ribera cuando se transformó en Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE), no logró apagar los sentidos sociales que siguieron mirando, escuchando, sintiendo... Los procesos que se articulaban en torno a La Ribera tornaron más compleja la realidad diaria de la zona: la muerte, lo prohibido, lo inexpresable se apoderaron del cotidiano. En este contexto empiezan a trascender las figuras de los detenidos-desaparecidos. En torno a ellos, se tejen las memorias y se entrelazan las historias. Así, lo sucedido en la década de 1970 en el Campo de La Ribera (y en el Cementerio San Vicente) cambia de forma radical e irreversible la realidad del lugar.

## La historia incómoda

A fines del siglo XIX una epidemia de cólera castigaba a Córdoba. El desconcierto causado por la expansión de la enfermedad llevó a que se construyera en 1886, en la zona lindante al Campo de La Ribera, un lazareto para atender a los enfermos del cólera *morbus*. En 1888 se emplaza el Cementerio de San Vicente; logrando esconder, alejar del centro “sano” de la ciudad, todo lo que podía contaminarlo.

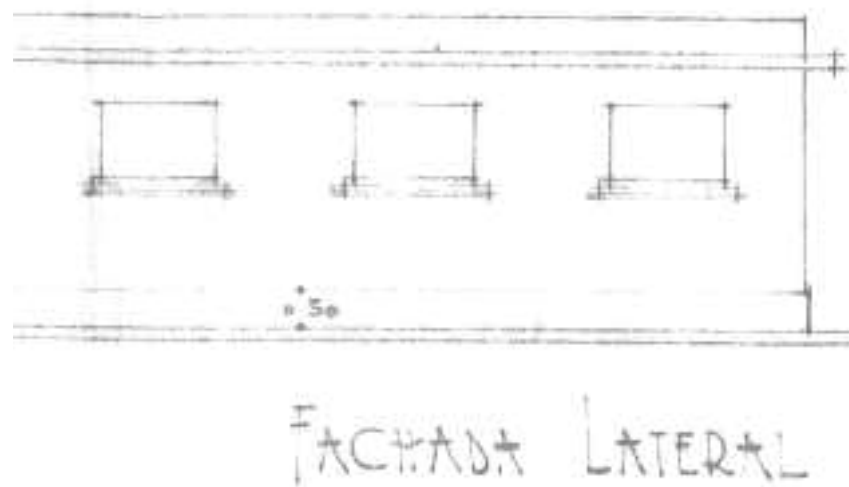
En 1904 el Estado Mayor del Ejército Argentino adquiere, las tierras que forman el Campo de La Ribera, e instala en 1945 una prisión militar de encausados.

A partir de 1930, los asentamientos causados por la magnitud de los flujos

migratorios del campo a la ciudad, comienzan a alterar el paisaje de la zona, la degradación ambiental, la contaminación y el deterioro caracterizan a los asentamientos enclavados en el sector noreste de Córdoba capital. Estas viviendas precarias van ocupando parte de las más de 70 hectáreas del Campo de La Ribera.

En 1975 los militares trasladan la prisión militar a la localidad de La Calera y la vieja cárcel se convierte en Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio. En esta época, La Ribera, también sirvió de base operativa del Comando Libertadores de América. Juan Bautista Sassiain, Héctor Pedro Vergéz, César Emilio Anadón, entre muchos otros, fueron los encargados de llevar adelante la represión clandestina desde La Ribera. Su operar consolidó a este CCDTyE como un lugar primordial en la maquinaria represiva del Tercer Cuerpo de Ejército. El Tte. Cnel. Juan Carlos Lona declaró, en 1984 que “en diciembre de 1975, en cumplimiento de órdenes emanadas del Comando del III Cuerpo de Ejército, se trasladó a todo el personal a la Guarnición de La Calera. La responsabilidad directa sobre los civiles que pudieran estar alojados allí pasó al mencionado Comando”.

En 1979, con el objetivo de verificar las denuncias de violación a los DD. HH., el país es visitado por una comisión internacional de la Cruz Roja, lo cual lleva a que los militares integren a La Ribera como una cárcel legal. Esta disposición era parte de un plan mucho más ambicioso: mostrar que en Argentina se respetaban todos los derechos y que los dichos provenían de la “subversión internacional” y su encarnizada “campana antiargentina”. Luego, con los testimonios y las pruebas aportadas por los sobrevivientes y los organismos de Derechos Humanos a la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas –Delegación Córdoba– (CONADEP), se corroboró en “forma fehaciente” el violento e infernal papel que La



Ribera desempeñó en los '70. Con la vuelta a la democracia, en 1983, el lugar fue abandonado.

Campo de La Ribera nuevamente es tema de debate a fines de los '80, cuando los deteriorados centros educativos que contenían a los niños y jóvenes de los barrios Müller, Maldonado y San Vicente; resultan insuficientes. El problema llega al gobierno provincial de Angeloz, que tras conflictivos debates sobre donde reinstalar las escuelas, resuelve lo inimaginable: compra Campo de La Ribera al Ejército y traslada a las instalaciones que sirvieron como CCDTyE en los '70, el colegio primario provincial Canónigo Piñero, que hasta ese momento funcionaba en un convento. También se crea el Jardín de Infantes Canónigo Piñero. En mayo de 1991 se funda, también dentro del Campo, el IPEM 133 Dr. Florencio Escardó. En la tarjeta de inauguración Angeloz firmó “Donde antes estaba la muerte, hoy vamos a trabajar por la vida”. La Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba, delegación capital, consideró que se pretendía “blanquear un lugar de matanza”.

A medida que la matriculación estudiantil crecía, era necesario ampliar los límites de los establecimientos. Las huellas del horror no paraban de brotar. “Huellas de tiros”, “manchas de sangre”, “soportes de elásticos”, “gritos”, “sombras”...

En el año 2000 se iniciaron reformas significativas en el edificio. Éstas, implicaron demoler parte del mismo –calabozos, cocina y otros sectores– para construir una biblioteca, laboratorio, taller y varias aulas. También se tiraron abajo

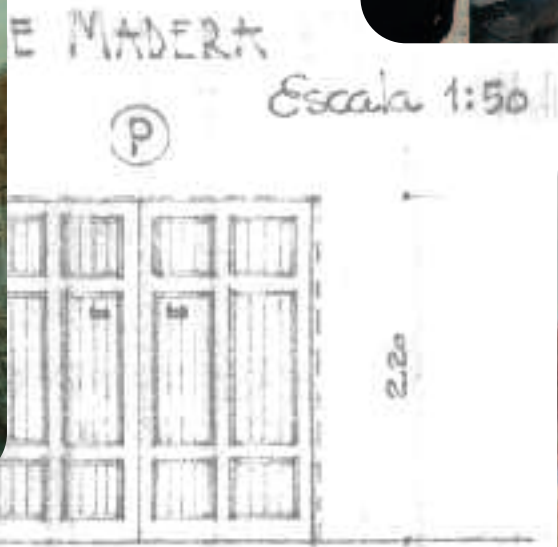
las garitas de guardia ubicadas en la parte externa del predio. A pesar de las modificaciones realizadas tanto por los militares como por los posteriores ajustes para la ocupación escolar, aún existen importantes huellas del horror, como los “piletones” en donde los detenidos sufrían la “mojarrita” (introducción de la cabeza de la víctima en líquidos hasta casi lograr la asfixia), los “ganchos” que están en el patio, donde se encadenaba a los detenidos para luego fusilarlos, según refieren algunos testimonios.

Tras años de reclamo por parte de los vecinos de la zona, los organismos de DD. HH. y la Comisión Provincial de la Memoria, en mayo de 2009, el Instituto Provincial de Educación Media Dr. Florencio Escardó se reubicó en un nuevo edificio. Además, se sigue con la construcción de otros dos establecimientos en donde se puedan ubicar el Jardín de Infantes y el Centro Educativo primario Canónigo Piñero que aún están en el predio del ex CCDTyE.

## Las marcas de las memorias

Las desgarrantes narraciones sobre el aparato represivo necesitaron tiempo para “madurar”, fueron esperando momentos propicios para emerger, ya que sus palabras contenían imágenes difíciles de seguir. La comprensión del universo que representan, complejo y delicado, reclama un gran esfuerzo intelectual, individual y colectivo, que permita poder representar, imaginar, comprender lo sucedido en nuestra historia reciente. Los cimientos para visibilizar este proceso son los testimonios sobre las experiencias en los CCDTyE. Uno de los núcleos





referenciales de estos cimenteros es el Campo de La Ribera.

Los Centros Clandestinos, en principio ocultos y secretos, sirvieron para propagar el terror en toda la sociedad. Se escuchaba hablar de ellos, pero nadie sabía (o simulaban no saber) de su existencia, transformándolos en lugares imaginarios, inreferentes; también en espacio productores de sentidos.

En este camino, el poder desaparecedor argentino se sirvió de espacios estratégicos para llevar adelante su terrible accionar. Comisarías, hospitales, cárceles, etc. se refuncionalizaron para organizar el funesto circuito que administró el aparato represivo. En Córdoba, Campo de La Ribera tuvo un papel imprescindible para cumplir con esta política de secuestros, torturas y desapariciones. A La Ribera “se llevaban detenidos de todo tipo. Una vez verificado los antecedentes de las personas, pasaban a la cárcel, salían en libertad o ingresaban en La Perla (el CCDTyE más importante de Córdoba). Era algo así como el paso previo a la legalidad o a su definitiva desaparición” (Teresa Meschiatti, testimonios sobre La Perla).

*El trabajo realizado por CONADEP, da cuenta de la lógica de represión sistemática y clandestina que rigió en el funcionamiento del Campo: “Nos enviaban a La Ribera por períodos de veinte días aproximadamente, siempre acompañados por oficiales de Gendarmería (...) Estuve allí seis veces y pude observar a unos treinta detenidos, hombres y mujeres, alojados en una cuadra. Todos los días venían miembros de Inteligencia del Batallón*

*141, cuando lo hacían por la noche, generalmente traían ‘paquetes’, como se denominaba comúnmente a los detenidos. Cuando los llevaban a interrogar a veces nos ordenaban que los ‘ablandásemos’, lo cual consistía en someterlos a duros castigos en un terreno ubicado en las proximidades del río” (Gendarme Carlos Beltrán. CONADEP-Córdoba).*

*“Existía una habitación para los interrogatorios. Ahí pude ver cómo se torturó a los detenidos, sumergiéndolos en un tambor con agua. Entre los interrogadores recuerdo a ‘H.B.’, ‘Gino’, ‘Vargas’ y ‘Fogo’”. (Gendarme José María Domínguez. CONADEP-Córdoba).*

Es con los relatos de los sobrevivientes que se empieza a correr el velo sobre lo que pasó en la Argentina de la última dictadura. Sus voces nos hablan de gritos, muertes, fusilamiento, torturas, violaciones; en palabras de Héctor Schmucler, nos hablan de “la presencia incomprensible del mal”.

La narración del horror es posible. Requiere de mucho esfuerzo y su construcción se hace de manera colectiva. Es en el diálogo entre los sobrevivientes en donde podemos encontrar las huellas, los datos, que nos ayuden a interpretar qué pasó, en este caso, en Campo de La Ribera:

*“Si recuerdo acá al ingresar hay como una bajadita”, “Recuerdo estos escalones”, “Este espacio era la cuadra de mujeres, ahí nos tenían”, “Los piletos están tal cual”, “Y acá los tenían a los varones”, “Acá había un galpón todo oscuro todo mugriento, acá nos encerra-*

*ban”, “En estos escalones nos sentaban”, “De estos ganchos nos colgaban”, “En esta oficina nos interrogaban, había un escritorio”, “Esta es la galería”, “Éste es el patio”, “De esa casa salían los gendarmes”, “Ahí están los bancos”, “El paredón, nos llevaron contra ese paredón.... Nos hicieron cruzar todo el patio”, “La sala de interrogación. ‘Cualquier cosa ya viene Enrique...’ nos decían. Llegaba Enrique y comenzaban a llevar compañeros”. (Historia Oral APM, 2009; María Molas y Molas, 2000.)*

El Campo atravesó la cotidianeidad de la zona, sus habitantes construyeron narrativas en torno a los hechos y el lugar: “Yo iba acá, al Florencio Escardo, y cuando yo iba era un horror ese colegio, todavía estaba esa zona de la sala de tortura que estaban selladas, que actualmente es un aula”. “Vos sabes que de noche es horrible como se sienten los ruidos en esa parte, se siente que lloran, se sienten ruidos de cadenas. Nunca mas en mi vida he salido de noche para esta parte”. “Fue terrible cuando nosotros empezamos a tener conocimiento de lo que en realidad había pasado acá. Porque nosotros, yo vivo a media cuadra del Campo La Ribera. Pero hacían las cosas tan bien estos hijos de puta que no nos dábamos cuenta. Pasaban camiones cargados de gente y nosotros decíamos no puede ser que este pasando esto”. “Mi marido conoce, porque él trabajaba en el cementerio (San Vicente) y cuando llegaban los muertos y los tiraban en el pozo él los vio”. “Y en las noches, en las madrugadas, sentíamos el ruido de las ametralladoras de lo que en realidad hacían. De lo que han hecho aquí, yo

## Equipo Argentino de Antropología Forense

En febrero de 2003 comenzamos, en colaboración con investigadores del Museo de Antropología de la Facultad de Filosofía y Humanidades, lo que sería (hasta entonces) la excavación arqueológica de la fosa común más grande del Hemisferio Sur: la del Sector C del Cementerio de San Vicente, en el casco urbano de la ciudad de Córdoba. A quinientos metros de allí, cuando se creaban y saturaban esas fosas funcionó, en la segunda mitad de la década de los años setenta del siglo pasado, el Centro Clandestino de Detención conocido como Campo La Ribera. Antigua prisión militar, su historia está íntimamente articulada con el barrio que la rodea. Su función como engranaje del Terrorismo de Estado transformó para siempre su lugar en el imaginario colectivo. Y la alteración de la zona circundante que supuso el paso del anillo de Circunvalación, modificaron parte del paisaje que recuerdan los familiares y sobrevivientes.

En 2008, el Gobierno de la Provincia de Córdoba retiró los establecimientos educativos que para ese sitio se habían asignado luego de 1980, y lo transformó en lo que debe ser: un Sitio de Memoria, para que nunca olvidemos lo que allí sucedió, una invitación a la reflexión y un lugar para recordar y honrar la los ausentes.

Para muchos de quienes trabajamos en las excavaciones de San Vicente, la experiencia cambió nuestras vidas. Hoy tenemos la responsabilidad de transmitir aquello y de trabajar para que la cifra de quince cuerpos identificados continúe aumentando. La Municipalidad de la Ciudad de Córdoba erigió en ese predio el Memorial para depositar los restos de todos aquellos que comparten el trágico destino de la desaparición forzada.

Para quienes pasaron por La Ribera y pueden contarlo, también la vida cambió. Seguramente que el ajuste de cuentas que lleva adelante la Justicia, en estos años, debe constituir un alivio y un estímulo. Pero una parte de ellos quedó allí desgarrada, y no debemos olvidarlo nunca más.

### Darío Olmo

Para contactarse con el EAAF en Córdoba: Av. Hipólito Yrigoyen 174 2do piso -Córdoba (5000)- Teléfono (54-351) 433-1058 email cordoba@eaaf.org



creo que la mente de uno todavía no tiene el alcance suficiente para saber lo que han hecho". "Las fosas comunes eran piletas que tenían los milicos acá. Estaban llenas de agua y ellos se bañaban ahí. Pero después las desocuparon y los metían ahí adentro y ahí adentro los fusilaban, o sea ellos parados arriba y ellos abajo indefensos, ahí los mataban". "Los camiones pasaban por la calle principal del barrio Müller y chorreaban una sangraza y la gente sabía que ahí llevaban, que ese camión militar estaba cargado de muertos que traían a la fosa común del cementerio. Y si vos estabas sentado en la vereda o afuera de tu casa te hacían entrar primero, pasaba un milico 'adentro, adentro,

adentro' y después pasaban los camiones". "Han matado mucha gente cuando los militares estaban acá". (Historia Oral APM, 2009; María Molas y Molas, 2000.)

La Ribera –como lugar de tortura, exterminio y muerte– es un calidoscopio en donde convergen múltiples significaciones y sentidos, que cobran fuerza del diálogo entre las voces de los sobrevivientes, que construyen sus narraciones desde "adentro" del Campo; y la de los habitantes de la zona, que producen sus relatos desde "afuera". Este diálogo sirve de marco a las diferentes memorias que hoy se desprenden del pasado (¿y presente?) atroz que marcó para siempre a la zona.

Las impresiones grabadas en las celdas, puertas y paredes de estos lugares son la confirmación de una existencia pasada, en donde las memorias de la zona encuentran un lugar para apoyarse y poder ser.

#### Un Sitio de Memorias

La zona periférica en donde se encuentra La Ribera siempre estuvo en estado de emergencia social e institucional; visibilizada en la vasta pobreza, la violencia generalizada, en la prostitución, la drogadicción y las altas tasas de desempleo que avasallan a sus habitantes. Este contexto trasciende temporal y espacialmente al Campo de La Ribera como lugar de secuestro, tortura y exterminio.

El proceso de construcción de un Sitio de Memoria en el ex CDDTyE tuvo como principal característica los fuertes lazos que los habitantes del lugar tejieron en torno al Campo, basados en los más de diez años en que funcionaron las tres escuelas y la lucha por conseguir nuevos edificios donde mudarlas. Así, en el Campo se entremezclan tanto las memorias referentes al período en que funcionó como Centro Clandestino de Detención, como las que guarda la comunidad sobre el lapso en que funcionaron como establecimientos escolares y muy especialmente el del IPEM 133, Florencio Escardó el cual estuvo emplazado en lo que fue lugar nuclear del ex Centro Clandestino.

En palabras de Mario Paredes, Director del Sitio de Memoria Campo de La Ribera "La característica principal del lugar son las demandas que tiene planteadas la comunidad para este espacio, una comunidad que no cuenta con muchos espacios físicos y al mismo tiempo tiene innumerables demandas, innumerables necesidades. En un principio es como usar el espacio físico para dar respuestas a esas necesidades de la gente. A diferencia de los otros sitios de memoria, este tiene una relación muy intensa con la comunidad, siempre la tuvo y lo que hay que hacer ahora es afianzarla y expandirla. Esto tiene relación directa con el futuro nuestro como país. Todos los conceptos sobre DD. HH., no sólo la memoria, sino este presente que implica los DD. HH. en la salud, la educación, etc. etc. Si bien no podemos dar respuesta a todo, podemos aportar algo en la lucha que ellos tienen diariamente, a veces con las necesidades más básicas como es comer. Esta va a ser la característica del Sitio: una relación muy estrecha con la comunidad, trabajando todos".

Mario Paredes resalta que entre los objetivos a corto plazo está la idea de "abrir una sala en donde se recupere la historia, la vida de todos los militantes populares de la zona, comenzando por el negro Atilio López, que trabajaba en Empalme, algunos militantes fusilados en la UP1 entre otros muchos. Es decir había mucha militancia, hubo siempre militancia y creemos que el lugar es para reivindicar esa militancia. Y que hoy se proyecta con la gente que sigue luchando, militando, por un futuro con más justicia social. Es decir no divorcio a la cosa, creo que es una continuidad. Es un lugar de lucha, de resistencia en donde se pueden ver las continuidades de las luchas, las peleas por darles algo mejor a los chicos, vivir mejor. En lo esencial desgraciadamente no ha cambiado, es el mismo tipo de lucha que el de aquellos años con la actual. No ha cambiado, han pasado 30 y pico de años y esa gente no ha podido mejorar en nada casi. Esa es mi preocupación ¿qué se puede hacer por esta comunidad que sigue teniendo los mismos problemas de hace 30 y pico de años?".

La conquista de este espacio se apoya en la lucha de diversos sectores, es el resultado del aporte de muchas personas provenientes de diferentes lugares. No ver todos estos esfuerzos sería simplificar esta historia, banalizar la memoria.

En una zona siempre olvidada donde se escondió continuamente bajo la alfombra todo lo molesto. Hoy el proceso social de La Ribera apuesta a que esto pueda cambiar.







## La red social de la 5ª, las escuelas y el Sitio de la Memoria en el Campo de La Ribera

Allá por 1998, en pleno ajuste neoliberal, una vez más la zona sudeste de nuestra ciudad era investida por la reducción de servicios del Estado, en este caso en salud. El centro de salud nº58 M. Esteve y la parroquia Crucifixión del Señor y caritas, convocan a las comunidades “a pensar juntos” estrategias para afrontar la situación que se vivía. Así fue el origen de formar un espacio de trabajo en red: la **Red Social de la 5ª**. Nombre elegido por la gente que allí habita, conformando este espacio multiactoral autoconvocado y autosostenido. Es una experiencia de **diálogo y trabajo comunitario** que articula múltiples actores sociales, en un marco de **horizontalidad y respeto por las diferencias**, interactúan representantes de instituciones, organizaciones y grupos que comparten un mismo espacio poblacional y territorial.

Mayoritariamente la población de este sector (aproximadamente 30.000 personas), se ubica bajo línea de pobreza y línea de indigencia, y sectores minoritarios de nuevos pobres.

En ese marco, se convoca al equipo técnico de educación (E.P.A.E.) para lograr la inclusión activa de las escuelas del sector en este espacio colectivo. La primera demanda que recibe educación es convocar a las escuelas del Campo de La Ribera por la extrema marginalidad que sufre la gente que allí concurre.

Desde la red, se investigó sobre estos lugares que figuran en catastro de la provincia, sólo como espacios verdes; y como dice la gente, sigue siendo un lugar olvidado, invisible, un lugar que quema... en el que se esconde y reprime a quienes allí viven actualmente.

La red social de la 5ª hace confluir lo valioso de la dignidad de los seres humanos, su capacidad de organizarse para mejorar la calidad de vida de todos. Aspectos invisibles pero que hoy se observan a las claras con los hechos y los logros que en estos, casi 12 años se han realizado.

Las familias que llevan adelante,

en la adversidad, proyectos saludables y que luchan día a día para traspasar la basura del sistema, viven desde un lugar de mucha impotencia la discriminación, encontrando en la red la posibilidad de fortalecerse y producir en el sentido más legítimo del trabajo.

El contexto, la historia, el presente constituyen una complejidad, con elementos únicos en la realidad argentina, puntualmente la situación de las tres escuelas mencionadas.

Cabe mencionar que tenemos conocimientos precisos de los procesos de creación y traslados de las escuelas involucradas en este asunto, como también del predio del campo de La Ribera, que comparten jurisdicción provincial y municipal en las 14 ha. que lo conforman.

Las escuelas del Campo de La Ribera, fueron trasladadas a esos edificios a comienzos de la década del '90. Durante los diez primeros años de funcionamiento en este lugar, se le fue negada la historia y las realidades de la zona, por motivos institucionales, políticos y sociales.

Con el esfuerzo de la gente que habita en estos barrios, con los jóvenes del sector, con la predisposición de profesionales comprometidos de diferentes ámbitos del Estado, con organizaciones no gubernamentales, con artistas, educadores populares, se realizaron acciones que concluyeron en el Proyecto de recuperación de las Memorias de la Zona, sobre el que todavía hay mucho por hacer.

El trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense en el Cementerio San Vicente, junto a la inclusión progresiva en la zona de los organismos de derechos humanos (Abuelas de Plaza de Mayo, H.I.J.O.S., Familiares de detenidos y desaparecidos; Ex presos Políticos) incorporándose activamente al espacio comunitario de la Red Social de la 5ª, hicieron posible empezar a “decir” en un espacio público lo que estaba negado y callado por el miedo. Como así también abrir las escuelas, en todo senti-

do para mejorar la calidad educativa de los niños y jóvenes, pero también para que la temática comenzara a trabajarse o para que quienes ya lo hacían legitimaran su trabajo.

Se impulsa un proceso muy fuerte desde el 2003, Potenciando la capacidad para petitionar mediante el trabajo en la red, lo que en su momento se sintetizó en un documento que se hizo firmar en los barrios con tres ejes definidos colectivamente referidos al Campo de La Ribera: 1) La construcción de nuevos edificios para cada una de las Escuelas que funcionan allí: Jardín de Infantes; Primaria y Secundaria. 2) Los edificios viejos deberán quedar integrados a las escuelas, para formar un centro que resguarde la Memoria de todo lo que allí sucedió. 3) Los edificios podrán utilizarse como un Centro Cultural y Recreativo Comunitario.

Durante estos años la Red llevó adelante innumerables acciones que se convirtieron en encuentros de articulación entre quienes quieren defender el derecho a la educación digna de los niños y jóvenes del sector junto a la recuperación y resguardo de las memorias históricas del campo de La Ribera.

El sitio de la Memoria de La Ribera es para todos los que participamos de este movimiento un desafío, de poder pensar junto a lo anterior en los derechos humanos hoy como práctica social real. El sufrimiento que porta este lugar... es proporcional al potencial que significa para los niños, jóvenes, mujeres y hombres que en este lugar viven su cotidiano. Aportar “junto al otro”, desde lo que cada institución, grupo o persona tenga en esta construcción colectiva en las redes sociales nos permite pensar en una nueva sociedad.

Por la Red Social de la 5ª  
**Marcia Chretien** (Integrante equipos técnicos programa ATEC-SPIyCE).  
Marzo de 2010

La idea con los otros dos edificios, hoy ocupados por el Jardín de Infantes y la Escuela Primaria, es utilizarlos para el desarrollo de diferentes proyectos comunitarios que estén relacionados con la promoción y defensa de los Derechos Humanos en un sentido amplio (vinculados con el pasado y el presente).

Más de 30 años de lucha, por la memoria, la verdad y la justicia convierten a Campo de La Ribera, desde marzo de 2010, en un Sitio de Memoria. El objetivo planteado para el lugar es que sirva para hacer memoria sobre nuestro pasado, a fin de poder comprender mejor este presente cargado de demandas y aportar a la construcción de un futuro más justo, más solidario y decididamente comprometido con la democracia y el respeto a los Derechos Humanos.

Desde el soleado 24 de marzo de 2010 el lugar quedó inaugurado con el nombre de “**Sitio de Memoria Campo de La Ribera**”, convocando a todos aquellos que quieran participar en este espacio a construir colectivamente las identidades, las historias, las memorias de los militantes cordobeses que por allí pasaron. En este camino desde la Comisión Provincial de la Memoria se llama a todos y todas a trabajar en la (re)construcción de las redes sociales que allí funcionaron, proponiendo una manera diferente de contactarse y trabajar con el otro en todo momento. Desde La Ribera se invita a los vecinos a que participen aportando sus testimonios o recuerdos sobre lo que allí pasó para entre todos poder narrar las memorias de este ex centro clandestino. También se convoca a todos a trabajar para el fortalecimiento de este espacio en pos de la consolidación de los lazos solidarios que caracterizaron a una época, para generar un verdadero diálogo y trabajo entre el sitio y los barrios aledaños.

La consolidación del proyecto “Sitio de Memoria Campo de La Ribera” en el territorio es una muestra del camino a seguir en la constante y necesaria reflexión, y acción, en torno a los espacios de memoria como patrimonio colectivo.

**Roberto Martínez**

### Fuentes

- ALEM, DEL PINO, EZPELETA. “Diagnostico institucional de las escuelas primaria y media que funcionan dentro del campo de La Ribera”. Año s/d.
- Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba. “Catálogo Centros Clandestinos de Detención de Córdoba. Colección Territorios de Memorias”. Año 2009.
- Área Audiovisual del Archivo Provincial de la Memoria. “Campo de La Ribera”. Año 2009.
- CONADEP, Delegación Córdoba. “Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas”. Año 1999.
- MARTINEZ, Roberto. “La Perla, marzo 2009”. Año 2009.
- MOLAS Y MOLAS, María. “De un Centro Clandestino de Detención a un Espacio para la Educación. Historia y singularidad de la Escuela Media Hache”. Año 2000.

IMÁGENES: Pablo Becerra, Alejandro Frola, María Molas y Molas y Fondo CONADEP Córdoba (APM).



## Zona de debate

Ensayos, análisis, aportes teóricos para la comprensión de los procesos de memoria. En esta edición, invitamos a **Lucía Garay, Silvia Plaza, Florencia Marchetti y María Molas y Molas** para que reflexionen sobre el Campo de La Ribera.

# Campo de La Ribera: en búsqueda de sentido

Escribo estas notas para contestarles a sus preguntas acerca de qué usos darles, para quienes y con qué contenidos a los edificios del Campo de La Ribera. Originalmente un penal militar, luego, durante la dictadura, un lugar de torturas y martirios. Abandonado durante un tiempo al silencio de su penoso papel represivo fueron, luego, destinados a escuelas. Supongo que, aparte de cubrir una necesidad de espacio, el gobierno democrático pudo imaginar que el bullicio infantil y juvenil insuflara dulzura y borrara las huellas del dolor.

Luego, paulatinamente, fue desocupado de esta función gracias a la tenaz y justa lucha de los militantes de derechos humanos que logran hacer comprender que el derecho a la educación del pueblo debe asentarse en edificios apropiados; en lugares donde sea posible construir una memoria escolar limpia de violencia y muerte. Aunque muchísimos no lo comprendan así; porque crean que un edificio es sólo eso, ladrillos, paredes y techos y no huellas y ecos que simbolizan, en este caso, lo cruel y trágico de nuestro pasado. ¡No importa! ¡Bien por ellos!

Ahora bien, han pasado más de 30 años, más de tres décadas, que es mucho tiempo para el siglo XXI donde los cambios suceden a una velocidad asombrosa. Aún para construir memoria que debe luchar contra la pulsión a olvidar fracasos y dolores para sostenerse en el exigente activismo del presente. Entonces, ¿tendrá ese lugar y su gente, la que habita en el territorio propio y aledaño, memoria de lo que pasó y deseo de revivirla como defensa para que no vuelva a pasar? Me temo que no. No la tienen hoy y, me atrevo a suponer, que tampoco la tuvieron entonces.

Tengo mis razones. En primer lugar, los jóvenes hombres y mujeres que los represores llevaban al Campo de La Ribera estaban unidos a ese pueblo local por sus sueños y luchas por el derecho a vivir, crecer y desarrollarse con dignidad, la parte más humana y esencial de las propuestas libertarias de los sesentas y setentas. Pero no por la identidad de experiencias y condiciones de vida, que son las primeras y más fuertes vivencias en la construcción de la memoria. En consecuencia, es difícil que la generación

que vivió aquel tiempo histórico la haya sentido como propia como para transmitirla a sus hijos y nietos.

En segundo lugar, los barrios que rodean a Campo de La Ribera son, antes como ahora, lugares pobres y marginalizados. Así que me temo que, tampoco, para los cordobeses bien vivientes vaya a ser un símbolo de memoria, un recordatorio de “nunca más”, por mucho que se machaque que “debe serlo” o se los abarrote de placas y señales.

Es más, creo que Campo de La Ribera es un lugar que quiere olvidarse. No tanto por ser un lugar de tortura y muerte, sino por otras muertes y sufrimientos que suceden cada día, antes como ahora. Muertes de niños que se ahogan en las canteras o en el Suquia porque sólo tienen esos lugares para recrearse o porque viven a la intemperie; muertes por desnutrición o enfermedades que pueden evitarse. Muertes de jóvenes en el fuego cruzado de la violencia y las guerrillas sociales.

Conocí la zona, con cierta profundidad y con mirada antropológica, en 1964. Entonces, me estaba graduando de Pedagoga. Me urgía irme de la Universidad para trabajar con la gente en la Educación Popular como Educación Social. En 1965 dirigí e implementé, con compañeros profesionales y estudiantes, desde la Universidad Nacional de Córdoba, la primera campaña de alfabetización. Montamos centros educativos en barrios y sindicatos. Barrio Maldonado y San José fueron elegidos como prioritarios.

Estábamos convencidos, y aún lo estoy, que la Educación Social es un proceso político para la libertad y la conquista de la dignidad.

Había compañeras y compañeros incansables en dar su tiempo y energía para pensar e idear, debatir y construir acciones de todo tipo para aprender a descubrir capacidades ocultas y transformarlas en organizadores sociales. Lo político se ponía a prueba en su capacidad vital para resolver los problemas de la gente. Muchos de estos saberes así construidos, estaban escritos en los muros de Córdoba. No sólo necesidades, demandas y reivindicaciones sino ideas y estrategias para resolverlos.

¡Cuántas y ejemplares experiencias de acción colectiva y solidaridad social y humana! Esta memoria es la que se destruyó o se perdió. Primero por la dictadura y el miedo, con un éxito innegable. No sólo desapareció cuerpos e identidades. Descalificó y demonizó el ideario, los proyectos y la acción de un vasto conjunto generacional de trabajadores, docentes, estudiantes, sacerdotes, mujeres y hombres cuyo principal desvelo era una sociedad nueva y un hombre nuevo como sujeto social.



Las fuerzas represoras no estuvieron solas en esta construcción del olvido que tanto lamentamos hoy, los que nos sentimos a la intemperie política de ideas y proyectos; desorientados para encontrar el rumbo de qué hacer en este querido país, para que muchísimos vivamos con dignidad. Hizo lo suyo la mercantilización que arrasó con todo, incluidas la cultura, la educación y la acción social. Los medios de comunicación que todo lo banalizan, lo amarillan o le exprimen sangre. No menciono el papel del sistema político y los políticos, ni a los desguazados estados por que es tal su descalificación que ya no impactan en el espíritu de la gente. Los otros sí, nos penetran insensiblemente y como un gas nos adormecen.

Dejo constancia que no estoy hablando por la añoranza, ni pensando que el pasado era mejor, ni que antes había mucho de lo que hoy falta en el campo social y político. Pero, es un hecho verificable en el día a día que los espacios públicos, calles, plazas, instituciones están pobladas de protestas, reclamos, demandas. Tampoco creo que esto esté mal o deba irritarnos. Quienes sufren alguna violencia o despojo, quizás, sólo tienen palabras y gritos. Y si no tenemos otra forma de solidaridad, al menos podríamos escucharlos y respetarlos. Sí extraño que en los espacios públicos no se expresen ideas que buscan el pensamiento común, estrategias para transformar los lazos sociales en acción colectiva y los valores que sustenten el compromiso y la lealtad.

¡Cuánta necesidad tenemos de la memoria! ¡Ojala tuviéramos un archivo de la memoria vivaz e iluminador! No la memoria de muertes y fracasos, sino

de realizaciones, de producciones, de luchas y acciones que nos permitieron logros y conquistas. No es posible construir sobre lo que falta, sobre lo que no se tiene. Esto puede ser el contenido de metas y objetivos. Para construir el hogar que queremos necesitamos tierra. Primero “haber”, después, “deber”.

Jóvenes amigos, si Campo de La Ribera se destina como símbolo y lugar de memoria, que ésta sea la memoria social de realizaciones colectivas, creativas y de organización popular. Es posible que ya no queden testigos que puedan o quieran ayudar a reconstruirla. No importa. Seguramente sus huellas están en lo que hoy se esta haciendo. Y no sólo en el mundo local, en Córdoba, en la Argentina, en Latinoamérica, en el planeta. Pero hay que traer estas memorias, comunicarlas, educar con ellas. Y no como cursos escolarizados, sino como experiencias vividas que motiven y den confianza de que “sí se puede”.

Campo de La Ribera no tiene que ser organizado, dirigido y gestionado con una lógica administrativa. Tiene que ser atravesado por una Pedagogía Vivificante, sostenida por el encuentro cooperativo de distintas generaciones. Una Plaza Pública de Ciudadanía para aprender pluralidad, a conocerse y reconocerse, a empoderarse de identidades valiosas. También a descansar de una agobiante cotidianeidad, a recrearse, divertirse, hacer amigos. Y, muy especialmente, a conocer y pensar. Para que sea el empeño del presente y los sueños de futuro que den nuevos sentidos, de vocación militante, a las vidas que se perdieron.

Lucía Garay





## A propósito de Campo de La Ribera

Este 24 de marzo de 2010, Campo de La Ribera abre sus puertas como sitio de Memoria. Nunca hubiera imaginado, once años atrás cuando fui por primera vez a ese lugar, que esto fuera posible. Originalmente creado como Prisión Militar, utilizado en los setenta como centro clandestino de detención, ocupado por una Escuela en los noventa y ahora Espacio de Memoria.

Una de las últimas veces que fui fue en Febrero de 2009. Por esos días se producía el traslado de la Escuela Florencio Escardó a su edificio propio, su edificio nuevo. Pocos meses después tuvo lugar la ceremonia de inauguración, con discursos, cantos, bailes y hasta con la presencia del gobernador y el ministro de educación, entre otras figuras. Diría que esa ceremonia, rito simbólico por el que pasan las escuelas en sus orígenes, llegaba al Florencio Escardó muchos años después de su puesta en funcionamiento.

Recuerdo una mañana de ese febrero mirando cómo iban sacando los muebles del viejo edificio, los cargaban en camiones y los llevaban al nuevo a pocos metros del lugar. Un año después volví, pero esta vez al lugar vacío de escuela. Ya no estaban los alumnos, ni la bandera, ni los docentes. Me pregunté, ¿Qué es este lugar ahora? Recorrí el edificio con un cierto extrañamiento... pensaba que siempre lo había visto con la escuela funcionando adentro. Ahora

me parecía vacío, silencioso, sucio. Vinieron a mi memoria relatos escuchados hace unos años: "... las docentes están organizando para hacerle una macumba a la escuela" (trabajador del Dispensario, Septiembre del 2003); "Alguien pasó el sábado por frente a la escuela y vió jóvenes saludando tras las ventanas, son las almas de los jóvenes que pasaron por acá" (vecino, 2003); "No vamos a esa parte del patio porque... mirá si te salta un militar de la tapia!" (alumnos de la escuela secundaria, 1999).<sup>1</sup> ¡Cuántos fantasmas acechan en ese lugar!

El Estado, que en los noventa promulgó la impunidad en cuyo marco fue posible que escuelas se instalaran en predios de un ex centro clandestino de detención, recupera veinte años después ese edificio, para que allí se abra un espacio para el trabajo de la memoria y los derechos humanos. Que el mismo Estado que renegó de ese pasado de violencia instalando allí escuelas, ahora promueva la creación de sitios para la memoria es sumamente importante. Implica un Estado que va hacia el reconocimiento de su propio accionar terrorista, ya que vale recordar que los acontecimientos sucedidos en tiempos de la dictadura militar oficialmente no existieron, fueron "atacados de inexistencia" (Davoine, 1994) y condujeron a la palabra que daba cuenta de ello, al lugar del silencio, del descrédito, del olvido donde ningún otro puede sancionar que allí "se dice".

Los proyectos que hay acerca de Campo de La Ribera como Espacio de Memoria tienen el acento en el trabajo sobre los derechos humanos entendidos en un sentido amplio, propugnando un trabajo sobre el derecho a la educación, al trabajo, a la cultura. Diría que tal tipo de pro-

yectos apuntan a pensar los espacios de memoria de una manera que no sacraliza lo que allí pasó, no pretenden conservar lugares y memorias endurecidas en el pasado, convertidas en algo sagrado, petrificado, con lo que no puede hacerse nada. Este sentido de derechos humanos se interesa en construir una relación con lo local que lo circunscribe, y para ello pone al Sitio de Memoria de cara al presente, desde lo actual, y diría –teniendo en cuenta el factor de inmensa pobreza que rodea Campo de La Ribera– desde lo inmediato.

Considero que un uso ejemplar (Todorov: 2000) de la memoria en Campo de La Ribera debería estar acompañado también de la reconstrucción de lo que allí pasó durante la dictadura militar, este es un paso que no debería soslayarse. Reconstruir estas memorias, así, en plural, podría indicarnos ciertas huellas de aquello que pasó, que se hace presente aún hoy bajo la forma de palabras, silencios, preguntas y fantasmas. Si consideramos con Davoine que la "... sucesión pasado-presente-futuro, está hecha por los hombres para estar seguros de que los muertos no vuelven" (Davoine, 1994:28): ¿Qué pasa cuando los muertos no están muertos sino que son desaparecidos? ¿Cuándo el pasado vuelve y esa sucesión no tiene lugar? Sería interesante que este espacio pudiera ser tomado como un lugar donde sobrevivientes y familiares puedan llevar sus palabras. Una de las consecuencias de que lo sucedido durante la última dictadura militar haya sido acusado de inexistencia, es que el sufrimiento, el padecimiento pasaran a ser algo privado, de allí que existan frases como "madres locas", o como "sobrevivientes sospechados de traiciones". Entonces, la posibilidad de que en estos

espacios donde se produjo el sufrimiento, las historias vividas puedan pasar de la esfera íntima y privada a la esfera pública, producirá un efecto de restitución de la trama lesionada, tendiéndose a la recuperación de su lenguaje perdido, y legitimándose el mismo como valedero y verdadero.

Quienes trabajen en este Sitio de memoria (s) tendrán que inventar los modos de recuperar, escuchar, dar lugar a las historias de los hombres y mujeres que pasaron por ahí o por otros centros clandestinos de detención, y a la de sus vecinos que sufrieron también la cercanía de estos lugares de tortura y muerte, de manera que esas historias se hagan palabra, y la palabra lazo que nombre y dé existencia. De esa manera se articulará un proyecto que propugne la sucesión temporal pasado, presente y futuro. Con ello, los sobrevivientes podrán seguir hablando, alcanzando su decir nuevos lugares por donde circular y los gritos, fantasmas y aparecidos que circundan el sector encontrarán calma.

### María Molas y Molas

1. Los relatos que acompañan el artículo son extractos de entrevistas y notas de campo tomadas durante los años 1999-2004. Las notas de campo son parte del registro etnográfico, en este caso documentan pequeñas charlas, anécdotas y observaciones de la investigadora.

### Referencias bibliográficas

- DAVOINE, F. GAUDILLIÈRE, J.M. (1994): "Locura y lazo social". Seminario dictado en Córdoba en 1994. Transcripción de Carlos Bergliaffa y Alfredo López.
- TODOROV, Tzvetan (2000): *Los abusos de la Memoria*. Ed. Paidós asterisco, España.



## Zona de debate

# Espacio Público y Transmisión. Ex Campo La Ribera

24 de marzo de 1976. Marca en el tiempo.

Campos de concentración y exterminio. Marca en el espacio.

La política de la crueldad. Marca cuerpos, memorias, vínculos, emociones. Marca territorios, olvidos, prácticas, imaginación, deseos. Marca. Hace huellas. Abre puentes. Busca desvíos. Se extravía. Se esconde. Se asoma.

Captura. Controla. Vigila.

Y duele.

24 de marzo de 2010. Marca en el tiempo.

Ex campo de concentración y exterminio La Ribera. Marca en el espacio.

La política de la potencia. La afirmación que nos abre la posibilidad de transformación y nuevos sentidos.

Ex Campo de concentración y exterminio La Ribera. Hoy lo público y lo común se ponen en juego aquí. Nos interpela a pensar en una construcción política del espacio público y en la construcción de los espacios comunes como problema. Implica transitar el entre la acción pública, la memoria, la sociabilidad y la territorialidad. Nos exige ver el territorio como espacio de múltiples apropiaciones y disputas (por el territorio y por la construcción de sentido), atendiendo a la compleja trama de actores involucrados, quienes sustentan experiencias, recursos e intereses diferenciales. Se pone así en tensión la naturaleza del territorio y la subjetividad de los actores.

Este sitio de memoria, se distingue por:

- El emplazamiento socio-espacial fuertemente diferenciado. Se trata de una zona en donde se evidencia la desigualdad social. El anclaje territorial lo ubica entre y rodeado de barrios, muy próximos y con gran densidad poblacional. Lo distingue también la cercanía al cementerio San Vicente (lugar conocido de enterramientos clandestinos).
- El “lugar” fue (y es) habitado por la comunidad –antes de su recuperación “oficial” como sitio de memoria–; cuando el estado dispone la ubicación de una escuela (inicialmente) primaria. Es también la comunidad la que participa activamente en la recuperación del lugar como “sitio de memoria”.
- La participación comunitaria (vecinos, grupos, organizaciones), la implicación institucional (escuela, instancias educativas, centro de salud), los organismos de derechos humanos, que, a través de lo que se denomina “La Red de la 5ta” debaten y sostienen ya no solo la recuperación sino la construcción de políticas de derechos humanos y de memoria, poniendo en tensión diversos sentidos, expectativas y experiencias.

Nos preguntamos,

Lo cotidiano (espacio de reproducción e innovación) ¿fue marcado en esta coexistencia, convivencia, co-presencia territorial? La tan próxima y concreta existencia de aquel lugar de muerte, que se hace experiencia cotidiana; afecta el mirar, el escuchar, el nombrar, el sentir, el oler? Afecta sentidos y sensaciones, recorridos y ritmos? Que nudos, que silencios? Afecta las narrativas? Esta experiencia y la imposición de no poder evitar/la, que altero y altera?, como y con quienes se elaboro y elabora? En relación a las narrativas y a su transmisión a otros contemporáneos y a las otras generaciones: ¿como, que y a quien se transmite? ¿Cuales son las características de esa transmisión? ¿Como se juega el sufrimiento psíquico/dolor social (mediado por la injusticia social) en una comunidad, histórica y territorialmente situada, en el haber sido víctima y testigo en lo concreto-situacional del terrorismo de estado?

Espacio y bien, publico y común, abierto y colectivo. Espacio material,

simbólico y político. Ámbito de encuentro e intercambio, de construcción y de memorias.

¿Cuáles son sus procesos de constitución, consolidación y cambio? quienes y como participan, y como impactan sobre la vida cotidiana de los actores y sobre sus barrios? ¿Cómo construyen los espacios comunes los distintos actores sociales que intervienen en la definición de este espacio (organizaciones comunitarias y sociales, vecinos, trabajadores/as y funcionaria/os municipales, provinciales y nacionales, actores privados)?

¿Cómo se caracterizan los espacios comunes?, ¿Qué lugar ocupan los espacios comunes en las demandas de los actores sociales en el marco de los procesos de gestión de este sitio de memoria? De que hablamos cuando hablamos de espacio común? Como objetivan e incorporan las “marcas de habitación”(Silva, 1991)? Como se articulan las practicas sociales y los significados construidos en torno a dicho espacio?

Ex campo de La Ribera no solo instituye un espacio común o a construir lo común sino que además, es un “bien común”, un “bien comunitario” (Meretz, 2009). El valor que posee excluye la posibilidad de ser tratado como propiedad, como bien privado de uso excluyente.

Es marca y condición, la de la participación barrial e institucional exige un detenimiento en el que, en el quienes, en el como, en el para quienes, en el para que, desde donde y porque.

Instituye una acción de desanudar lo clausurado o lo enclaustrado, lo tabicado, lo evitado, lo temido. Invita a la construcción, transformación y creación con otros... Habilita la “acción comunitaria” y la “comunicación comunitaria”. Hace lugar a la potencia de los “poderes” genuinos.

Es la experiencia de participación directa, real y efectiva de cada uno de los actores involucrados, lo que ofrece la potencia en la esperanza de construir un espacio común en el sentido de lo “construido por la comunidad”, de aquello que adquiere así significado para un colectivo.

**Silvia Plaza**

### Referencias bibliográficas

- CATENAZZI, A.; QUINTAR, A.; CRAVINO, M. C.; *Da Representação*, N.; Novick, A. (2009). “El retorno de lo político a la cuestión urbana”. Ed Prometeo Libros-Universidad Nacional de Gral Sarmiento.
- MERETZ, Stefan (2009). “Bienes comunes”. Streifzuge.







## Algunas notas sueltas (para un debate sobre Campo de La Ribera)

- Cuando la historia oficial no da lugar al relato de las experiencias vividas por sus ciudadanos, son las memorias de los protagonistas de los hechos las que mantienen vivo el recuerdo de lo sucedido. Excluidas del registro oficial, estas memorias habitan otros espacios, toman otras formas, circulando como anécdotas o leyendas, guardadas como secretos familiares, quedando a veces fuera del orden de lo decible, conformando miedos o inconclusos silencios.

- Detrás de la puerta de mi vieja habitación de la casa de los pinares hay un póster colgado que interpela a quien lo lea diciendo: “A vos también te pasó”. La foto en blanco y negro que llena todo el marco del póster es fantasmagórica, y fue tomada por un reportero gráfico en 1985 durante una marcha por las calles de Buenos Aires: las caras de la gente en la marcha son todas iguales, la misma expresión impasible, en la boca una mueca que no es ni sonrisa ni dolor, por ojos los mismos huecos negros que parece que miran, y que no. Del cúmulo de caras indistinguibles emerge, en andas sobre los hombros de un adulto, un infante con el rostro virado hacia un costado, sosteniendo con la mano una máscara blanca idéntica a la que llevan todos los que caminan a su alrededor.

Máscaras blancas, una de las tantas formas inventadas durante las últimas décadas para representar las ausencias que nos habitan.

- En Argentina, la historia oficial que se dicta entre fines de los 1980s y mediados de los 1990s decreta el paso del pasado, institucionalizando la amnesia como política de estado y la reconciliación

como modo de convivencia. Ante esto, las organizaciones de derechos humanos –creadas en su mayoría en torno a muy específicos lazos familiares con personas que fueron detenidas/desaparecidas durante la dictadura– responden con un reclamo sostenido por el esclarecimiento de lo sucedido. Bajo la consigna “memoria, verdad y justicia” se van definiendo distintas estrategias de acción y representación que conjuran la *desaparición* como *locus* de la experiencia represiva.

- Mirando el póster colgado en la puerta de mi vieja habitación me pregunto: ¿Qué fue lo que pasó? ¿Cuándo fue que pasó lo que nos pasó a vos y a mi y a todos? ¿Fue lo mismo? O ¿Cómo fue que le pasó a cada quien?

- Fragmentos de un documental. Charla entre la realizadora y dos ex alumnos del IPPEM 133 “Florencio Escardó”, Agosto 2006:

**T:** Cuando me cambie de colegio no sabía nada y después me enteré que era todo eso. Casi en cuarto año mi abuelo me supo comentar que era un centro clandestino, pero yo era chico, no le daba bola. Después cuando empezaron a darle manija, quería saber que había pasado y que no había pasado. Sabíamos decir con los chicos que estaban abajo los muertos de nosotros, nos pisando las aulas... que a la noche había fantasmas... se hablaban un montón de cosas, que había ruidos, gritos... hay muchos vecinos que dicen que de verdad se sentían gritos, no aparentaba ser una charla sino que había gritos de noche... mucha gente que vive ahí cerca del colegio... pero nosotros no sabíamos si creer o no creer porque no habíamos estado en ese momento... también si lo hubiéramos escuchado nos hubiéramos pegado un julepe tremendo. Después fueron a la señora esa y le preguntaron si era verdad que había escuchado y le dijeron que sí, que era verdad... que escuchaban ruidos, mas de mujeres y de bebés se sentían ruidos, en la zona viste donde esta la biblioteca, en zona ahí estaban los... se llaman los aislados, ahí se sentían mas ruidos, todo...

**M:** En los baños que eran los calabozos.

**T:** En los baños, sí, los calabozos. Los aislados se llama esa zona.

**F:** Ustedes ¿iban al cole antes de que se modificara el edificio?

**T:** No, yo no, yo caí justo cuando se había modificado.

**M:** Yo sí.

**F:** Y ¿te acordás algo?

**M:** Sí, me acuerdo cuando entré a primer año y era ahí en la parte donde está el comedor ahora, ahí estábamos todos amontonados y se veían soldaduras de barrotes que había por toda la pared, estaban sobrepintadas con blanco, y me acuerdo que nos dijo la preceptora: “no tengan miedo que no pasa nada, no va a salir ni un muerto, ni nada”. Así que nosotros nos mirábamos viste... y después nos pusimos a fijar en los baños, como que atrás del baño había como una ventanita chiquita y nosotros nos poníamos a espiar ahí y había como puertitas azules y del otro lado decía calabozos. Los chicos querían meterse ahí para ver lo que había. La verdad todo era feo y no estaba bien pintado, nada. Después ya empezaron a remodelar, a arreglar de a poco.

- La primera vez que fui a La Ribera fue en mayo de 2001. María volvía a la escuela secundaria para continuar con su investigación y descubrir las modificaciones realizadas en el edificio que fuera construido como prisión militar durante los años 1950s, utilizado como centro clandestino de detención durante los 1970s, y como escuela secundaria para los jóvenes de la seccional quinta en los 1990s. Creo que fuimos en colectivo. Yo iba con mi cámara de fotos encanutada en la mochila, registrando con notas mentales el viaje hacia los márgenes de mi ciudad. Los cambios se me hicieron mas notables por dentro que por fuera, en comparación con las fotos que María tenía de antes. Las paredes habían sido pintadas de color salmón y resplandecían bajo el tibio sol del invierno cordobés. Alumnos y docentes recitaban poemas alusivos al veinticinco de mayo, con palomitas de cartulina blanca y celeste fijadas a las rejas de la galería con cinta scotch. Casi todos los espacios muertos del viejo edificio carcelario habían sido tirados abajo para dar lugar a nuevos usos escolares. Excepto por esa garita, que desde la esquina del patio, nos cela todavía.

- Los edificios ¿son protagonistas? ¿testigos? ¿huellas? ¿evidencia?

- La institucionalización de las estrategias de acción y categorías de representación que emergen de las prácticas de la memoria militante puede llegar a opacar o silenciar otras experiencias y puntos de vista sobre la historia reciente. Para entender cómo ha sido, y es todavía, el haber vivido bajo un régimen de terror, es necesario expandir el horizonte.

- Una anciana del barrio recuerda las ollas de chocolate humeante que llegaban desde el cuartel a su escuela en las fechas patrias. Otra vecina cuenta que en tiempos de necesidad, fue en el cuartel donde consiguió frazadas y comida para alimentar a sus hijos. Los relatos de aviones sobrevolando la zona y los tiros defendiendo el cuartel durante el golpe del '55 se multiplican, delineando un hito en la historia del barrio que se cuenta peronista.

- Ribera es margen, borde, orilla. El lugar donde termina la ciudad y empieza la pampa. Un sitio particularmente interesante para examinar el horizonte.

- Un sitio de memoria debería servir como espacio para re-pensar-nos. Un sitio que no decreta sentidos sino que provoque preguntas, relatos e indagaciones. Un sitio disparador de proyectos de reflexión y acción colectiva que multiplique las estrategias de memoria, para que la memoria no sea una sola, en singular, sino que sean muchas las voces y los sentidos. Un sitio en el que los protagonistas de la historia no sean solo las víctimas, los objetos o testigos directos de la represión, con un recorte temporal que vaya mas allá de la última dictadura para abarcar la complicada historia de relaciones entre civiles y militares que nos atraviesa como sociedad en lucha. Un sitio abierto, múltiple y en movimiento. Un sitio en el que podamos entrar y participar todos, no solo como visitantes sino también y, principalmente, como hacedores de la historia. Nuestra historia.

Florencia Marchetti